

## *Luces de bohemia*

### Escena novena

*Un café que prolongan empañados espejos. Mesas de mármol. Divanes rojos. El mostrador en el fondo, y detrás un vejete rubiales, destacado el busto sobre la diversa botillería. El Café tiene piano y violín. Las sombras y la música flotan en el vaho de humo, y en el lívido temblor de los arcos voltaicos. Los espejos multiplicadores están llenos de un interés folletinesco. En su fondo, con una geometría absurda, extravaga el Café. El compás canalla de la música, las luces en el fondo de los espejos, el vaho de humo penetrado del temblor de los arcos voltaicos cifran su diversidad en una sola expresión. Entran extraños, y son de repente transfigurados en aquel triple ritmo, MAX ESTRELLA y DON LATINO.*

MAX. ¿Qué tierra pisamos?

DON LATINO. El Café Colón.

MAX. Mira si está Rubén. Suele ponerse enfrente de los músicos.

DON LATINO: Allá está como un cerdo triste.

MAX. Vamos a su lado, Latino. Muerto yo, el cetro de la poesía pasa a ese negro.

DON LATINO. No me encargues de ser tu testamentario.

MAX. ¡Es un gran poeta!

DON LATINO. Yo no lo entiendo.

MAX ¡Merecías ser el barbero de Maura!

*Por entre sillas y mármoles llegan al rincón donde está sentado y silencioso RUBÉN DARÍO. Ante aquella aparición, el poeta siente la amargura de la vida, y con gesto egoísta de niño enfadado, cierra los ojos, y bebe un sorbo de su copa de ajeno. Finalmente, su máscara de ídolo se anima con una sonrisa cargada de humedad. El ciego se detiene ante la mesa y levanta su brazo, con magno ademán de estatua cesárea.*

MAX. ¡Salud, hermano, si menor en años, mayor en prez!

RUBÉN. ¡Admirable! ¡Cuánto tiempo sin vernos, Max! ¿Qué haces?

MAX. ¡Nada!

RUBÉN. ¡Admirable! ¿Nunca vienes por aquí?

MAX. El café es un lujo muy caro, y me dedico a la taberna, mientras llega la muerte.

RUBÉN. Max, amemos la vida, y mientras podamos, olvidemos a la Dama de Luto.

MAX. ¿Por qué?

RUBÉN. ¡No hablemos de Ella!

MAX. ¡Tú la temes, y yo la cortejo! ¡Rubén, te llevaré el mensaje que te plazca darme para la otra ribera de la Estigia! Vengo aquí para estrecharte por última vez la mano, guiado por el ilustre camello Don Latino de Hispalis. ¡Un hombre que desprecia tu poesía, como si fuese Académico!

DON LATINO. ¡Querido Max, no te pongas estupendo!

RUBÉN. ¿El señor es Don Latino de Hispalis?

DON LATINO. ¡Si nos conocemos de antiguo, maestro! ¡Han pasado muchos años! Hemos hecho juntos periodismo en La Lira Hispano-Americana.

RUBÉN. Tengo poca memoria, Don Latino.

DON LATINO. Yo era el redactor financiero. En París nos tuteábamos, Rubén.

RUBÉN. Lo había olvidado.

MAX. ¡Si no has estado nunca en París!

DON LATINO. Querido Max, vuelvo a decirte que no te pongas estupendo. Siéntate e invítanos a cenar. Rubén, hoy este gran poeta, nuestro amigo, se llama Estrella Resplandeciente!

RUBÉN. ¡Admirable! ¡Max, es preciso huir de la bohemia!

DON LATINO. ¡Está opulento! ¡Guarda dos pápiros de piel de contribuyente!

MAX. ¡Esta tarde tuve que empeñar la capa, y esta noche te convidó a cenar! ¡A cenar con el rubio Champaña, Rubén!

RUBÉN. ¡Admirable! Como Martín de Tours, partes conmigo la capa, trasmudada en cena. ¡Admirable!

DON LATINO. ¡Mozo, la carta! Me parece un poco exagerado pedir vinos franceses. ¡Hay que pensar en el mañana, caballeros!

MAX. ¡No pensemos!

DON LATINO. Compartiría tu opinión, si con el café, la copa y el puro nos tomásemos un veneno.

MAX. ¡Miserable burgués!

DON LATINO. Querido Max, hagamos un trato. Yo me bebo modestamente una chica

de cerveza, y tú me apoquinas en pasta con lo que me había de costar la bebecua.

RUBÉN. No te apartes de los buenos ejemplos, Don Latino.

DON LATINO. Servidor no es un poeta. Yo me gano la vida con más trabajo que haciendo versos.

RUBÉN. Yo también estudio las matemáticas celestes.

DON LATINO. ¡Perdón entonces! Pues sí, señor, aun cuando me veo reducido al extremo de vender entregas, soy un adepto de la Gnosis y la Magia.

RUBÉN. ¡Yo lo mismo!

DON LATINO. Recuerdo que alguna cosa alcanzabas.

RUBÉN. Yo he sentido que los Elementales son Conciencias.

DON LATINO. ¡Indudable! ¡Indudable! ¡Indudable! ¡Conciencias, Voluntades y Potestades!

RUBÉN. Mar y Tierra, Fuego y Viento, divinos monstruos. ¡Posiblemente Divinos porque son Eternidades!

MAX. Eterna la Nada.

DON LATINO. Y el fruto de la Nada: Los cuatro Elementales, simbolizados en los cuatro Evangelistas. La Creación, que es pluralidad, solamente comienza en el Cuatrivio. Pero de la Trina Unidad, se desprende el Número. ¡Por eso el Número es Sagrado!

MAX. ¡Calla, Pitágoras! Todo eso lo has aprendido en tus intimidades con la vieja Blavatsky.

DON LATINO. ¡Max, esas bromas no son tolerables! ¡Eres un espíritu profundamente irreligioso y volteriano! Madama Blavatsky ha sido una mujer extraordinaria, y no debes profanar con burlas el culto de su memoria. Pudieras verte castigado por alguna camarrupa de su karma. ¡Y no sería el primer caso!

RUBÉN. ¡Se obran prodigios! Afortunadamente no los vemos ni los entendemos. Sin esta ignorancia, la vida sería un enorme sobrecogimiento.

MAX. ¿Tú eres creyente, Rubén?

RUBÉN. ¡Yo creo!

MAX. ¿En Dios?

RUBÉN. ¡Y en el Cristo!

MAX. ¿Y en las llamas del Infierno?

RUBÉN. ¡Y más todavía en las músicas del Cielo!

MAX. ¡Eres un farsante, Rubén!

RUBÉN. ¡Seré un ingenuo!

MAX. ¿No estás posando?

RUBÉN. ¡No!

MAX. Para mí, no hay nada tras la última mueca. Si hay algo, vendré a decírtelo.

RUBÉN. ¡Calla, Max, no quebrantemos los humanos sellos!

MAX. Rubén, acuérdate de esta cena. Y ahora, mezclemos el vino con las rosas de tus versos. Te escuchamos.

*RUBÉN se recoge estremecido, el gesto de ídolo, evocador de terrores y misterios. MAX ESTRELLA, un poco enfático, le alarga la mano. Llena los vasos DON LATINO. RUBÉN sale de su meditación con la tristeza vasta y enorme esculpida en los ídolos aztecas.*

RUBÉN. Veré si recuerdo una peregrinación a Compostela... Son mis últimos versos.

MAX. ¿Se han publicado? Si se han publicado, me los habrán leído, pero en tu boca serán nuevos.

RUBÉN. Posiblemente no me acordaré.

*Un joven que escribe en la mesa vecina, y al parecer traduce, pues tiene ante los ojos un libro abierto y cuartillas en rímero, se inclina tímidamente hacia RUBÉN DARÍO.*

EL JOVEN. Maestro, donde usted no recuerde, yo podría apuntarle.

RUBÉN. ¡Admirable!

MAX. ¿Dónde se han publicado?

EL JOVEN. Yo los he leído manuscritos. Iban a ser publicados en una revista que murió antes de nacer.

MAX. ¿Sería una revista de Paco Villaespesa?

EL JOVEN. Yo he sido su secretario.

DON LATINO. Un gran puesto.

MAX. Tú no tienes nada que envidiar, Latino.

EL JOVEN. ¿Se acuerda usted, maestro?

*RUBÉN asiente con un gesto sacerdotal, y tras de humedecer los labios en la copa, recita lento y cadencioso, como en sopor, y destaca su esfuerzo por distinguir de esos y*

cedas.

RUBÉN. ¡¡¡La ruta tocaba a su fin.  
Y en el rincón de un quicio oscuro,  
nos repartimos un pan duro  
con el Marqués de Bradomín!!!

EL JOVEN. Es el final, maestro.

RUBÉN. Es la ocasión para beber por nuestro estelar amigo.

MAX. ¡Ha desaparecido del mundo!

RUBÉN. Se prepara a la muerte en su aldea, y su carta de despedida fue la ocasión de estos versos. ¡Bebamos a la salud de un exquisito pecador!

MAX. ¡Bebamos!

*Levanta su copa, y gustando el aroma del ajeno, suspira y evoca el cielo lejano de París. Piano y violín atacan un aire de opereta, y la parroquia del café lleva el compás con las cucharillas en los vasos. Después de beber, los tres desterrados confunden sus voces hablando en francés. Recuerdan y proyectan las luces de la fiesta divina y mortal. ¡París! ¡Cabaretes! ¡Ilusión! Y en el ritmo de las frases, desfila, con su pata coja, Papá Verlaine.*